

LUCHADORES Y FORJADORES DE SUEÑOS



Byron re aprendió a caminar a sus 24 años. Hoy tiene 25 y retomó sus estudios de bachiller. Nada detiene a Byron Iza y Jean Flores, desde hace 3 años trabajan juntos por vencer los límites que impuso una discapacidad en el cuerpo de Byron desde que tenía 6 años. Jean representaba la esperanza de mejorar su calidad de vida. Y así fue, gracias a las visitas dos veces por semana en su domicilio, despertaron también sus músculos poco a poco.



Jean es técnico en recreación terapéutica del Centro Social Toctiucio que trabaja en convenio con el Ministerio de Inclusión Económica y Social. Nada es imposible para Jean, lo armó para dar batalla con lo que sabe hacer, lucha y artes marciales mixtas.

Mónica, la madre de Byron cuenta que desde los 6 años empezó a visibilizarse su discapacidad física a la que diagnosticaron como Distonia, un trastorno del movimiento con contracciones musculares llevándolo a una postura anormal. Desde entonces dejó de caminar y pasó de a poco a una dependencia total para cualquier actividad. Junto a su abuelo y hermana mayor vive en Toctiucio, un barrio del centro de Quito ubicado cerca a la cima del volcán Pichincha.

Hasta los 12 años, su madre lo bajaba cargado en su espalda a la escuela en El Tejar. Byron perdió también el habla. Sin embargo, en esta lucha por recibir atención médica y algún soporte del Estado, hoy es usuario del servicio de atención en el hogar y comunidad y parte del Bono Joaquín Gallegos Lara, un subsidio de 240 dólares mensuales para personas con enfermedades catastróficas y discapacidad severa.

En ese camino conoció a su amigo Jean. El reto por su inmovilidad era bajar desde su casa en las faldas del Pichincha al espacio de entrenamiento que funciona en la “Casa Somos” de San Marcos, barrio del centro de Quito. Jean ha logrado involucrar en su trabajo a aliados importantes para que las personas con discapacidad a su cargo reciban el entrenamiento terapéutico; es así que, junto a la policía del sector, traslada en los patrulleros a Byron y otros usuarios del centro.

A nivel nacional el MIES brinda atención a cerca de 33 mil personas a través de 1.100 unidades de servicio domiciliario de administración directa o por convenio.

No solo ellos han tenido que ver con la autonomía de Byron, fue medular el cambio de medicación para mejorar su sistema nervioso, cuenta Jean. Su autogestión con médicos amigos del Hospital Eugenio Espejo dio resultado luego de realizarle valoraciones médicas gratuitas.

Volvió la vida más independiente de Byron, comenzó sus entrenamientos guiados por Jean con ejercicios de piso para fortalecer la espalda en lo que denominan “tatami”, un tipo de suelo que permite amortiguar caídas y golpes. Hoy ya boxea con un cabezal, disfruta de las luchas con sus compañeros y sobre todo recuerda, que su constancia y la de su entrenador permitieron que deje su silla de ruedas.

“Recuerdo que por primera vez fui solo a la cancha de fútbol que queda aquí abajo con mis sobrinos. Mi mamá sí tenía miedo, pero le dije que me voy solo –sonríe-. A la primera vuelta en la cancha me caí, porque no tenían tanta fuerza mis piernas... pero fue muy emocionante”.

Todo cambió para Byron desde su encuentro con Jean, antes pasaba encerrado en su casa con su familia, no sabían cómo ayudarlo. Su madre recuerda su habitual tensión cuando alguien se le acercaba, solo permitía que ella lo toque. Hoy Byron habla, sonríe, retoma su vida, boxea. Dice que aún no ha dado su mejor pelea y cuenta que ese cuadrado de tatami para él es todo, es una vida. Por eso sigue en su lucha como el campeón que es.



Jean, el forjador de sueños

“No hay nada imposible, todo se puede hacer. Las debilidades se transforman en fortalezas, eso he aprendido de las personas con discapacidad”. Jean Flores es entrenador en recreación terapéutica hace 4 años en el Centro Social Toctiucio.

Tras una experiencia con su esposa, quién sufrió por dos ocasiones derrame cerebral, Jean explica lo que esto significó en sus vidas. Con ella aprendió todo cuanto hoy comparte con las personas con discapacidad física para su desarrollo cenesestésico, terapias de estimulación sensorial, física y sobre todo la constancia y su fe de que todo puede mejorar.

Siempre recuerda lo que sintió, cuando pedía atención en los hospitales o servicios públicos, y dice “no quiero que sientan que nadie les da la mano, quiero contagiar lo que siento a que más personas lo hagan”.

Trabajar con las personas con discapacidad implica no solo la parte física, sino motivar también a sus familias para lograr lo que queremos. En inicio fue duro, conseguir que en los hospitales y centros de salud nos apoyen para turnos de atención médica, pero ahora algunos doctores son mis aliados, dice.

Él conoce y tiene como su herramienta de trabajo lo que dice la Constitución y la Ley sobre los derechos de las personas con discapacidad. No duda en poner en práctica cuando necesita trasladar a uno de sus chicos que necesitan traslado o atención médica, pues la ley dispone la atención prioritaria y preferencial.

Actualmente, tiene 6 alumnos en artes marciales mixtas con discapacidad física. Su experiencia relacionada con las discapacidades también la tuvo al ser parte de las brigadas Manuela Espejo, un proyecto emblemático de la Vicepresidencia de la República en 2010, dirigido para atender a las personas con discapacidad.

Su mayor satisfacción confiesa que es ver cómo mejoran y son más autónomos y le queda para siempre la amistad cultivada con quienes los considera como su familia.

Jean resume su oficio en dos palabras: “amor y vida”.



Una familia que no se rinde

Andrés Villacrés pregunta siempre a su madre adoptiva, Sonia, cuándo es domingo. Espera con emoción las 2 horas en las que practica Tae Kwon Do y kit boxing los domingos. Es parte del servicio de recreación terapéutica y deportiva para personas con discapacidad que funciona en el centro de Quito por parte del MIES y el Centro Social Toctiucio.



Su hogar son Sonia de 52 años y su abuela adoptiva, Rosita, de 86 años quien tiene discapacidad visual. A sus 25 años ha mejorado su calidad de vida gracias a este servicio, indica su madre. “Él nació con síndrome de down, desde que practica con Jean Flores las artes marciales es más desinhibido”. Recuerda que por su situación económica nunca ha podido acceder a terapias especializadas; sin embargo, hoy con este entrenamiento terapéutico, su vida cambió. Sus compañeros de kit boxing y patada son sus amigos. Jean dice que le falta dominar las técnicas de piso, pero destaca su flexibilidad, es bueno en braseo, una actividad de apoyo para mejorar su cinestesia.

Sonia al igual que Andrés y su abuela son unos guerreros en medio de su situación, ella no trabaja en un empleo fijo remunerado, vende sus manualidades y cuida a su hijo y su madre; sin embargo, se confía en que algún día recibirá algún subsidio del Estado. Cuando se refiere a Jean dice: “él es el segundo papá de Andrés, su labor es muy grande, siempre está preste, a cualquier hora, es muy desprendido, hace todo lo que está a su alcance, para él no hay impedimento... su presencia ha cambiado nuestras vidas con el servicio que da”.

A Andrés le gusta pintar y dibujar. En su cotidianidad colabora con la limpieza de la casa, según su madre le encanta doblar la ropa y destaca en cada actividad que realiza por el orden y detalles de perfección que les pone. Su sonrisa siempre está reflejada en su semblante y manifiesta con efusividad el cariño entrañable por su familia y por su instructor.

La persona con discapacidad como un sujeto activo

El Centro Social Toctiucio tiene convenio con el MIES desde el 2014 hasta la actualidad, en la modalidad Atención en el Hogar y la Comunidad, y en el 2018 brinda atención a 90 personas con discapacidad. El presupuesto invertido en los cuatro años es de 136 mil dólares.

Cerca de 35 mil dólares es la inversión del MIES con el Centro Social Toctiucio.

Este servicio está orientado a las personas con discapacidad, quienes por su grado de discapacidad-intelectual, física y/o sensorial, así como por su ubicación geográfica, no pueden acceder a los servicios de atención diurna u otros servicios.

Allí cuentan con profesionales en el área de educación especial, psicopedagogía, trabajo social y otras afines orientadas a la atención de personas con discapacidad. Parte del servicio es hacer dos visitas domiciliarias al mes por dos horas. En este tiempo las actividades planificadas buscan el desarrollo de las habilidades de las personas con discapacidad; además proporcionan a las familias o a quienes estén a cargo de su cuidado, información práctica y técnicas simplificadas para la atención a la persona. El enfoque de atención se basa en el respeto a los valores de las personas con discapacidad y brindar un servicio orientado a mejorar su calidad de vida, procurando el acceso universal al trabajo, la corresponsabilidad y participación activa de la familia y la comunidad.